

Enseñanza de la bioética en la Universidad

Fernando Pascual, L.C.

Profesor de filosofía en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

1. Un encuentro con la bioética

El hecho resulta fácil de constatar: somos seres vivos rodeados de otros muchos vivientes. Hombres y animales, plantas y microbios: la vida se presenta ante nosotros como un abanico de posibilidades sumamente variado y complejo. Para ser más precisos, nosotros mismos somos vivientes que estamos en el mundo en relación con las diferentes formas de vida.

Cada ser humano se coloca ante sí mismo y ante los otros seres vivos según perspectivas, valores, intereses y proyectos personales. Detrás de cada preferencia se esconde un modo de verse a sí mismo y de apreciar a los demás vivientes en cuanto interesantes o peligrosos, útiles o dañinos, valiosos o indiferentes.

No resulta fácil encuadrar todas las posibles opciones (sumamente variadas y ricas) en un esquema claro y exhaustivo. En línea preliminar, notamos que las perspectivas adoptadas ante la vida surgen desde las respuestas que cada uno da a preguntas como las siguientes:

- ¿Qué valor tiene mi propia vida y la vida de los otros seres humanos?
- ¿Existe alguna diferencia entre hombres y animales?
- ¿Tiene el medio ambiente un valor superior al que tienen los seres humanos considerados en sí mismos?
- ¿Cuándo inicia y cuándo termina una existencia humana?
- ¿Es más valiosa una vida humana sana que una vida humana enferma?
- ¿Tienen algún fundamento los derechos humanos o dependen de las visiones culturales y de la historia?
- ¿Vale por igual cualquier comportamiento humano o se puede distinguir entre comportamientos buenos y comportamientos malos, y según qué criterios?
- ¿Existe un sentido correcto de la medicina o vale por igual cualquier opción técnicamente realizable?

- ¿Qué intervenciones médicas han de ser cubiertas con dinero público y cuáles deberían ser pagadas por quienes las soliciten?
- ¿Podemos conocer normas y leyes éticas válidas para todos en lo que se refiere a la tutela de la salud y de la misma existencia de los seres humanos y de otras formas de vida?
- ¿Existe un Ser Superior, Dios, que fundamente y dé sentido a la existencia de los hombres y de los demás seres vivos?
- ¿Interviene de algún modo ese Ser Superior en los asuntos humanos?
- ¿El ser humano surge de un acto especial de Dios o simplemente se explica como una realidad producida por fuerzas ciegas según las leyes de la materia?
- ¿Hay un destino eterno del hombre o su existencia termina completamente con la muerte?

No se trata de preguntas que permanecen en un ámbito abstracto y sin relación con la vida concreta de la gente. Según las respuestas dadas a las mismas podemos encontrar comportamientos individuales y sistemas sociales muy diferentes respecto de temas como el aborto, la eutanasia, la seguridad en el trabajo, la protección de parques naturales, etc.

Por lo que se refiere a los comportamientos individuales, hay quien escoge fumar sin límites a pesar de reconocer los riesgos de su comportamiento. Otro decide trabajar como voluntario para salvar las focas de Alaska. Otro renuncia a formar una familia para atender a los enfermos de SIDA en Sudáfrica. Otro se asocia a un grupo ambientalista y busca boicotear las empresas que producen gases tóxicos. Otro opta por practicar abortos en una clínica pública. Otro se une a un grupo provida y dedica su tiempo para ayudar a las mujeres a llevar adelante el embarazo en condiciones favorables para ellas y para sus hijos.

Por lo que se refiere a las organizaciones comunitarias y a los sistemas de gobierno, encontramos sociedades que han admitido (o siguen admitiendo) la esclavitud porque consideran que hay seres humanos “superiores” y otros “inferiores”. Otras sociedades legalizan el aborto porque suponen que los embriones no son todavía seres humanos, o que lo son de segunda clase (sometidos en todo a las decisiones que tomen sobre ellos su madre o quienes la presionan de algún modo). Otros aceptan la eutanasia como una opción válida y establecen protocolos más o menos precisos según los cuales se podría provocar la muerte de quienes lo soliciten.

Si tenemos en cuenta lo anterior, somos capaces de reconocer que el estudio de la bioética se convierte en algo concreto y existencial. No se trata de

hablar sobre temas que interesan a un grupo selecto de estudiosos, sino que tocan la historia concreta de todos los seres humanos y la misma marcha del planeta Tierra.

En el ámbito universitario, profesores y alumnos de distintas carreras que también consiguen estudiar (de algún modo) bioética, lo hacen desde su propia experiencia personal, pues cada uno vive y actúa, escoge y orienta su conducta, influye en las vidas de otros seres humanos (familiares, amigos, conocidos, incluso sobre los lejanos en formas no siempre bien identificadas), desde los principios de fondo que le llevan a respetar la vida ajena o a someterla a sus propios intereses particulares.

En otras palabras, cada opción particular y cada comportamiento, arrancan desde algunos principios más o menos explícitos, así como desde ese misterioso y variable mundo de los sentimientos y emociones que también ocupan un lugar importante en la vida ética de las personas.

Desde luego, la bioética tiene una dimensión teórica que no puede dejarse de lado. Los desarrollos de la medicina y de la ciencia ponen ante nosotros un cúmulo de nuevas situaciones y exigen respuestas que ayudan a identificar los criterios según los cuales podemos aprobar o condenar (desde el punto de vista ético) cada nueva técnica. La aprobación o la condena exige una justificación teórica, que resulta difícil proponer de modo aceptable para muchos en un mundo pluralista y ante perspectivas e intereses no siempre bien identificados, pero que es posible elaborar gracias a la capacidad humana de analizar y de juzgar los argumentos aducidos a favor o en contra de cada punto de vista.

Pero la teoría no es algo que queda en un nivel abstracto, formal, intranscendente. Como decía Kurt Lewin, «no hay nada más práctico que una buena teoría». Desde un buen estudio de la ética, y desde una clara y bien elaborada bioética, es posible que tanto alumnos como profesores pongan en claro qué presupuestos dirigen sus respectivos actos, cuáles merecen ser denunciados como incorrectos (por faltar a la verdad, a la justicia, a valores básicos de una buena vida), cuáles son buenos pero necesitan una adecuada justificación ante quienes no los comprenden o se sienten incapaces de asumirlos en sus respectivas existencias.

La enseñanza de la bioética, por lo tanto, no se limita a ámbitos como la medicina o el derecho, sino que merece un lugar propio en los currícula de otras carreras o estudios superiores. Ante la urgencia de ofrecer una formación completa, integral, que supere el riesgo de la especialización excesiva, la bioética en el mundo universitario ofrece una importante apertura a aque-

llos principios y valores que acompañan la existencia humana en todas las profesiones y estados de vida.

2. ¿Desde qué fundamentos se construye la bioética?

La bioética encuentra sus fundamentos cuando se pone ante una serie de preguntas que, implícita o explícitamente, cada uno responde a lo largo de su vida (a veces desde una continuidad de fondo, otras veces con cambios más o menos radicales).

Esas preguntas tocan temas esenciales: la vida humana y su dignidad; el amor humano y su significado; el sufrimiento y la enfermedad; el inicio (cuándo empezamos a existir) y el final (el “momento” de la muerte); las relaciones con los otros seres vivos y con el ambiente.

Se trata de temas muy amplios que no pueden ser abordados con precipitación. Las respuestas que se den a los mismos, sea de modo consciente, sea desde una orientación casi inconsciente pero no por ello menos importante, configuran cada uno de nuestros comportamientos.

Desde que nos levantamos hasta que buscamos al final de la jornada unas horas de descanso, las acciones que emprendemos influyen sobre la propia vida (que será más o menos sana) y sobre las de quienes viven cerca o lejos. No existen, en cierto sentido, actos indiferentes, pues incluso las omisiones (no hacer, no molestar) a veces llegan a ser dañinas: muchas veces abandonamos a su suerte a personas necesitadas de asistencia alimenticia, médica o simplemente afectiva, porque preferimos invertir tiempo y dinero en asuntos de menor importancia.

El estudio de la bioética busca iluminar, valorar, orientar, nuestros actos en orden a promover un mundo más saludable, más solidario, más atento a quienes sufren, más preocupado por una adecuada tutela del ambiente.

Esto implica, primeramente, elaborar una *antropología* válida. Tal antropología necesita estar en diálogo con las más importantes propuestas filosóficas elaboradas a lo largo de los siglos, con los descubrimientos de la moderna psicología y de las ciencias biológicas y médicas, con los estudios sociológicos y pedagógicos. Al mismo tiempo, la antropología se confronta con las mismas personas que participan en la Universidad (profesores y alumnos) en cuanto cada uno tiene una cierta visión sobre su propia identidad y sobre la identidad de los otros: no es posible un estudio «neutro» de la antropología, pues a través de la misma revisamos y ponemos en claro las propias ideas sobre lo que somos en cuanto seres humanos.

En segundo lugar, la bioética depende de una serie de principios éticos fundamentales. La *ética*, como la antropología, es presentada según modos diferentes y con teorías a veces claramente contrapuestas, lo cual dificulta el estudio de la bioética. Ante un panorama pluralístico, hace falta conocer al menos las principales teorías bioéticas en su relación con las éticas del pasado o del presente. Al mismo tiempo, la reflexión sobre la ética interpela a cada ser humano, a los profesores y a los alumnos de la Universidad, en cuanto que el reconocimiento de lo bueno y de lo malo permite juzgar nuestros actos y aquellos realizados por los demás.

En tercer lugar, el estudio de la bioética está en una relación estrecha con materias afinas (algunas ya mencionadas al hablar de la antropología), especialmente con la *medicina*, la *biología*, y las *ciencias ambientales*. Ciertamente, al estudiar bioética no podemos afrontar simultáneamente tantas disciplinas. Afortunadamente, el mundo contemporáneo difunde numerosas ideas sobre estos ámbitos del saber, de forma que resulta posible elaborar una visión personal sobre lo que sea más adecuado para conservar la propia salud (y la de los cercanos), sobre la importancia del cuidado del ambiente, sobre el respeto correcto que merecen algunos animales, etcétera.

En cuarto lugar, la bioética interpela y juzga las distintas maneras de organizar la sociedad, así como la corrección de las leyes establecidas (por escrito o de modo consuetudinario) en los pueblos. Ello implica tener ciertos conocimientos sobre el *derecho*, desde los cuales es posible analizar qué ámbitos de la vida han de ser objeto de atención por parte de las autoridades y cuáles deben ser dejados en manos de las opciones libres de las personas.

Los debates continuos sobre la legalización o la prohibición de actos como el aborto, la eutanasia, el consumo de drogas, incluso los límites de velocidad o los modos correctos de construir escaleras antiincendio, muestran hasta qué punto la tutela de la vida exige una intervención concreta de los parlamentos y de las autoridades civiles. Las relaciones entre bioética y derecho han dado lugar a una subdisciplina, la *biojurídica* (o *bioderecho*) que ha ganado un creciente interés entre los estudiosos tanto de la bioética como del derecho.

Esta simple enumeración puede crear la sensación de que la bioética es demasiado compleja y difícil de asimilar y de comprender. En realidad, cada ser humano ya tiene una bioética “precientífica” y “pretemática” en su corazón. Quienes evitan pisar a las hormigas al caminar, quienes buscan tiempo para acompañar a los enfermos en sus casas o en los hospitales, quienes acuden ante las clínicas abortistas para convencer a las mujeres para que no

eliminen a sus hijos, lo hacen desde modos de valorar a los diferentes seres vivos sobre los que tiene mucho que decir la bioética.

Desde luego, existe el peligro de enseñar la bioética sin mostrar cómo esta disciplina toca e interpela a los alumnos y a los mismos profesores en sus modos concretos de pensar y de vivir. Por eso, la enseñanza de esta materia será más concreta y más asequible si se hace no como un simple esfuerzo teórico por explicar problemas y discusiones sobre temas a veces complejos, sino como un trabajo conjunto entre profesores y alumnos por poner ante sus ojos lo que está en juego en temas delicados.

De este modo, el estudio de esta nueva disciplina permitirá denunciar comportamientos y actitudes erróneas que ponen en peligro vidas que merecen ser respetadas, y promoverá aquellas formas de pensar y de actuar que tutelen la dignidad de los seres humanos, que mejoren los sistemas sanitarios, que generen leyes más justas, y que ayuden a un sano esfuerzo por la conservación del ambiente en el que vivimos.